

El panadero



Una continua corriente de pequeños carros de tres ruedas, (la delantera pequeñísima, pues solo tenía la función de servir de apoyo) inundaba las calles cada mañana antes del amanecer. Los carros eran enormes cajones de madera forrados de chapa que disponían de una amplia portezuela en la parte superior, provista de una pestillera con candado; y es que era tanta la necesidad y tan extendida la miseria, que el pan era un tesoro que había que custodiar. En la parte posterior, una barra niquelada (que a fuerza de uso había perdido su brillo en ambos extremos, mostraba de forma impúdica el amarillo de su ropa interior de latón) servía de asidero y dirección a tan elemental ingenio.

Tras los baúles con ruedas, aquellos niños-hombres, recorrían su demarcación por los barrios sevillanos llevando a su clientela el exquisito manjar de harina en flor que, a falta de otro mejor, hacía las delicias de paladares mucho menos exigentes que los estómagos, a la vez que anunciaba desde el letrero impreso en los carros a las panificadoras que se los facilitaban: San Buenaventura, El Carmen, La Modelo, El horno de las Doncellas... Al llegar a cualquiera de sus paradas, tras calzar las ruedas de goma maciza y radios de hierro, el chaval abría el cofre y sacaba de su interior una cesta de palma que cargaba con el pan de los clientes de la zona, repartiéndolo luego puerta por puerta, no sin antes asegurar el candado del portón para evitar pérdidas en el negocio.

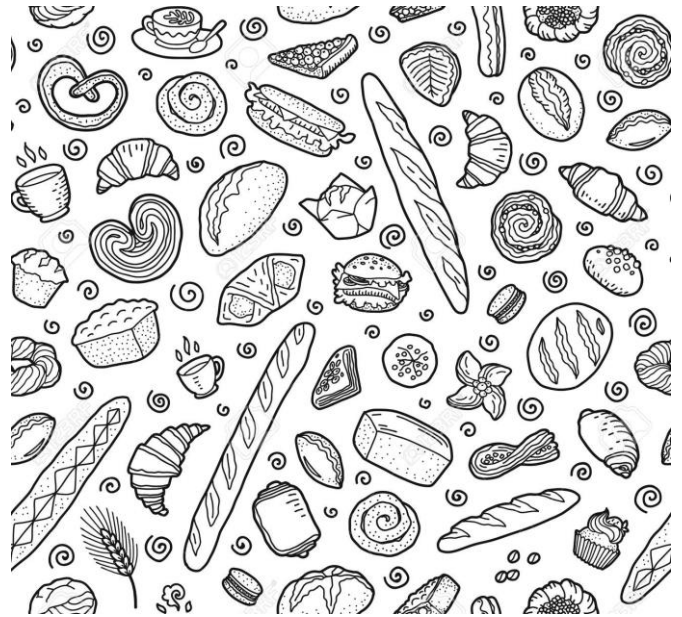
Estos chavales solían ir vestidos de calle, pero provistos de una potente correa, (así se llamaba a los cinturones) a la que llevaba engarzado un enorme monedero de cuero renegrido por el uso, con solapa y broche metálico, brillante por la misma causa, y una igualmente abultada y no menos manoseada libreta donde ir asentando los débitos. Al acercarse a cada portal, gritaba su estirado y explosivo

¡Pana----derooooooooo...!

del que desde las casas solo se escuchaba el *----eroooo....!*

que era en lo que ponía más énfasis.

- Buenos días, panadero.
- Buenos días, ¿qué va a querer hoy, María?
- Dame una Boba y una Panocha bien cociditas.
- Y a la libreta, ¿no?
- Sí, hijo, ya te pagaré la semana que vienen, que mi marido ha empezado hoy por fin a trabajar.
- Bien está, pero ya no puedo fiarte más ¡eh!, que en el horno me han llamado la atención. Hasta mañana.
- Hasta mañana, y descuida que no te fallo.



En esa época, los panaderos tenían algo de Reyes Magos, un poco de Banco de España, una pizca de Cruz Roja, y otro poco de prestidigitadores, porque fueron los artífices de que, aunque comieran poco, a algunas familias no les faltara –al menos- un mendrugo que llevarse a la boca.

Actividades

- 1.- ¿Qué función tenía la rueda pequeña del carro del panadero?
- 2.- ¿De qué servía la barra niquelada que había en la parte posterior del carro?
- 3.- Escribe el nombre de alguna panificadora de aquella época.
- 4.- ¿Cómo iban vestido los panaderos?
- 5.- ¿Qué pan le pidió la mujer?
- 6.- ¿Con quiénes compara los panaderos el autor?
- 7.- ¿Cuál era el bocadillo favorito de tu infancia?
- 8.- Invéntate una receta para elaborar un bocadillo.

Encuentra 8 variedades de pan

